

ser. Pues en todo lo que fué hay una parte, un primer germen imperecedero, un elemento de verdad que no muere. Hay también una parte sujeta á las condiciones del tiempo; esta es la que muere (1). En suma, la muerte es un renacimiento; nada muere, todo renace, pero bajo otra forma, la exigida por los progresos de la sociedad (2). En los últimos tiempos de su vida, Lamennais escribe al padre Ventura: "El mundo se agita y se trasforma bajo la mano de Dios. Asistimos á una gran muerte y á un gran nacimiento, sólo que vemos la tumba, la cuna está velada aún," (3).

Lamennais va á decirnos cómo entiende la renovación religiosa. Aun desertando de la Iglesia, permanece, con todo, católico de sentimiento, y atribuye al dogma mayor importancia que los protestantes. ¡Cosa notable! en todo lo que vamos á citar no aparece el nombre de Jesucristo, lo cual implica que en el pensamiento del gran escritor la nueva era diferirá del cristianismo, aunque proceda de él. Cada fase del progreso está caracterizada por un dogma, una concepción, un modo de ver las cosas, que, después de haber germinado insensiblemente en los espíritus, llega á ser un ideal para los pueblos, el principio generador de sus acciones. Pero el dogma se agota; entónces se produce otro, que es sólo la extensión, el desarrollo del primero, y así se realiza un nuevo progreso. Nos hallamos en una de estas épocas de renovación. La antigua fé está casi extinguida, y la que debe reemplazarla aún no ha nacido. Esto es lo que hace creer en la muerte de la sociedad, ó, lo que da lo mismo, en la muerte de la religión. El pasado muere, en efecto, y el porvenir aún no ha nacido. Pero el trabajo vital, latente bajo el velo que lo oculta á nuestros ojos, prosigue, sin embargo, aunque invisible. Lleva consigo este estado de transición grandes males: cuando la fe se debilita, el deber se relaja igualmente; razón de más para esperar y clamar con todas las fuerzas de nuestra alma por la futura creencia que ha de reconstituir el mundo sobre las bases de la fe y del deber (4).

"Ahora es de noche, dice Lamennais, pero vendrá el día; ya comienza á despuntar, difundiéndose

(1) LAMENNAIS, *Lettre* du 8 octobre 1834, á la comtesse de Senfft (*Correspondance*, t. II, p. 396).

(2) LAMENNAIS, *Lettre* du 19 décembre 1831, á la comtesse de Senfft (*Correspondance*, t. II, p. 406).

(3) LAMENNAIS, *Lettre* du 8 novembre 1847, á la comtesse de Senfft (*Correspondance*, t. II, p. 480).

(4) LAMENNAIS, *Amschaspands et Darvands*, p. 13-15.

la luz á través de las sombras, cuya curiosidad va trocándose en la vaga claridad de los albores. Una fe destinada á unir los pueblos faltos hoy de lazo común se forma poco á poco en las profundidades misteriosas de la humanidad, al modo como se forma el niño en el seno de su madre," (1). Véase, pues, que Lamennais considera sobre todo la religión como un lazo que une los hombres y los pueblos: idea católica, ciertamente, y que tiene su lado verdadero; pero no hay que olvidar que la religión es, ante todo, el lazo que une al alma con Dios. Su manera de concebir la religión lleva á Lamennais á creer que la futura no procederá exclusivamente del cristianismo; destinada, como está, á enlazar todos los pueblos, ha de arraigar por fuerza en las creencias de todas las naciones. Lamennais observa que todas las religiones del pasado están en decadencia, muertas las unas, las otras moribundas. "Cuatro sistemas religiosos habían engendrado otras tantas civilizaciones desemejantes en muchos respectos. Cada una ha tenido su período más ó ménos largo de fuerza y de gloria. Ahora todas declinan, todas se precipitan á la vez hácia una ruina próxima, y aún consumada para muchas." En esta comun decrepitud ve Lamennais un hecho providencial, que le aterra por de pronto, pues es un espectáculo profundamente triste el de las viejas civilizaciones cayendo arruinadas todas á la vez como si la humanidad agonizara. Los pueblos, agotados, jadeantes, no sienten ya en sí mismos el soplo interno que los animaba; ya no creen en los dogmas con que nutrían su inteligencia y que eran la norma tradicional de sus pensamientos y acciones; pero esta muerte universal prepara una magnífica resurrección.

"Para que el género humano llegue á lo que debe ser, para que se constituya en la unidad á que tiende, necesitábase, ante todo, que los sistemas religiosos que le dividen se extinguiesen en todo aquello que tienen de inconciliable y de contradictorio, y que se extinguiesen todos juntos para que todos los pueblos á la vez también se halláran preparados á recibir una doctrina común." Si mueren hoy todos, es porque ninguno de ellos podría satisfacer las exigencias de la sociedad y la razón humana en la época actual. Pero por lo mismo que los sistemas religiosos mueren á la par y que las civiliza-

(1) LAMENNAIS, *Amschaspands et Darvands*, p. 26.

ciones surgidas de ellos en otro tiempo se penetran y disuelven mutuamente, se formará, en cambio, una doctrina más completa, más en armonía con el progreso de la razón y el desarrollo de la ciencia. De esta mezcla de las antiguas creencias, ó más bien de sus elementos combinados y modificados unos por otros, nacerá un pensamiento nuevo, una concepción, un dogma llamado á ser la base de una civilización común á todas las fracciones de la raza humana, dividida por religiones inconciliables, y del dogma vivamente abrazado por la fe brotará el deber, el amor que une," (1).

No discutiremos las ideas de Lamennais sobre la religión del porvenir: á nuestro juicio, el ilustre escritor es demasiado católico y no bastante cristiano. Creemos, como él, en la unidad futura del género humano; pero será unidad en variedad. Como él, también creemos en la necesidad de un dogma; pero dudamos que surja de la mezcla de las viejas creencias. Notemos sólo, con Lamennais, la decadencia de las religiones antiguas, lo cual es ciertamente un signo de los tiempos; notemos con él aún que las religiones son algo más que una relación del individuo con Dios, que todas las religiones han engendrado una civilización correlativa, y que esto implica la necesidad de un dogma generador. En este sentido, Lamennais define la religión una manera de concebir á Dios ó á la causa primera, concepción de donde arranca la del sistema entero de los seres y de sus leyes. Las leyes naturales del hombre, tales como derivan de la noción de Dios, presiden á la organización de la humanidad; rigen á la vez el orden moral, político y económico, indisolublemente ligados. Hay una gran verdad en este modo de concebir la religión; el catolicismo, el mahometismo y mosaismo son vivos testimonios de que la religión abraza todo el sér, individuo, sociedad ó humanidad entera. Sólo haremos una reserva: ¿es cierto que el sentimiento religioso procede del dogma, ó lo es más bien que nace el dogma del sentimiento religioso? Á lo ménos así ha pasado en el cristianismo.

De todos modos merece ser escuchada la palabra de Lamennais, ya que es también una señal de los tiempos. Hé aquí un sacerdote que comienza por divinizar á la Iglesia y al papa, á cu-

(1) LAMENNAIS, *Amschaspands et Darvands*, p. 167 y sig., 148 y sig., 69.

yos piés quiere que la humanidad toda se postre, porque ve en él al vicario de Dios, el órgano de la verdad absoluta, y que acaba, sin embargo, por llamar al género humano á una nueva religión, porque, á su juicio, es ya segura la irremediable decadencia de las civilizaciones viejas, que todas se extinguen, y éste es el signo providencial de que una renovación religiosa está ya próxima. Lo que espera Lamennais no lo esperan sólo algunos otros; la expectación es general, y los escritores no hacen más que expresar los sentimientos de toda su época. Ábrase, al azar, la primera Revista que venga á las manos, y se leerán en ella declaraciones como ésta: "Una revolución religiosa se prepara en todo el mundo, y ciertamente es necesaria; pero ¿á qué precio de qué perturbaciones políticas, de qué herejías filosóficas y de qué locas doctrinas llegará á realizarse?" (1). Hay hasta libros de imaginación consagrados por entero al desarrollo de un pensamiento religioso: en una de sus novelas sostiene Jorge Sand que se prepara una nueva reforma, más radical y completa que la del siglo XVI (2).

Novelistas y poetas, teólogos y periodistas, católicos y protestantes, son todos órganos de la humanidad. Espera ésta una renovación religiosa, porque la religión es el pan de vida con que se nutre. La reacción que presenciarnos no tiene otra causa. Si los pueblos parecen volver á la religión del pasado, prueba esto mismo cuán irresistible es la necesidad de la fe. La destrucción que hasta hoy ha sembrado el suelo de escombros acaba ya: los hombres no se alimentan de negaciones, no quieren habitar ruinas; y como hallan templos en que, si se les predica una creencia que no es del todo la suya, se procura con todo acomodarla á sus sentimientos é ideas, se dan por satisfechos y penetran en su recinto.

"En el orden de las ideas nada se destruye sino aquello que se reemplaza: un culto no se sustituye sino con otro," (3). Aún no ha llegado el tiempo; las nuevas ideas no están maduras. Hay, sobre todo, un gran obstáculo, y es que, en las filas de los que debieran agruparse en torno de la bandera de un nuevo cristianismo, hay muchos es-

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1855, t. III, p. 728.

(2) GEORGE SAND, *Mademoiselle de la Quintinie*.

(3) E. DE BONNEHOSE, *Jean Hus*, t. I, p. XXV.

piritus que no comprenden la necesidad de una renovacion religiosa; los liberales desconfian del movimiento religioso, porque habiendo nacido católicos, confunden la religion con las supersticiones que han repudiado. La ignorancia juega un gran papel en las cosas humanas. Vamos á decirlo, y nos está bien permitido, ya que hemos compartido el error, y escribimos hoy este *Estudio* para disiparlo: lo que asusta á los libres pensadores es que la religion del pasado ha sido la enemiga mortal de la libertad de espíritu, sin la cual no hay libertad política; y temen, no sin motivo, á los lobos que se cubren con piel de cordero para predicar doctrinas liberales. Cuando vean que hay una religion que, no sólo acepta la libertad, sino que se

apoya en ella y con ella se confunde, se reconciliarán con el movimiento religioso y acabarán por asociarse á él. En cuanto á los caminos por los cuales llegará la revolucion á realizarse, cosa es que sólo Dios sabe. Pero no han de olvidar los hombres que Dios no ayuda sino á los que se ayudan á sí mismos; es decir, que todos deben poner sus manos á la obra. Esta es nuestra excusa y nuestra justificacion. Se nos ha dicho, á veces, que consagráramos nuestra vida á una labor tan inútil como inmensa: no cambiaréis el mundo, se nos dice. Cierto; pero la inmensidad del Océano ¿no se compone de gotas? "Traiga cada cual la suya y habrá un mar."

CAPÍTULO II.

EL CRISTIANISMO DE JESUCRISTO.

§ I.—¿Se necesita una nueva religion, ó hay que volver al cristianismo de Jesucristo?

El mundo espera una renovacion religiosa. ¿Quiere decir esto que sea necesaria una nueva religion? En el seno de los países católicos, los libres pensadores, cuando ménos los que tienen algun cariño á la fe, están dispuestos á creerlo, y aún hay algunos que se han puesto á la obra, intentando fundar una nueva religion. Estas tentativas han fracasado harto tristemente. Lo cual no impide que los hombres que abandonan el catolicismo y sienten la necesidad de la fe sigan con sus esperanzas. Esta vaga expectacion parece implicar que el cristianismo se queda atras, que no puede satisfacer ya los instintos religiosos de la humanidad. Lo cual ¿no es acaso confundir la forma que el cristianismo tomó en la Iglesia católica y en el protestantismo ortodoxo con la esencia misma del cristianismo? Esto es lo que dicen los protestantes avanzados. Niegan que el cristianismo esté agotado, niegan que lo pueda estar jamas. Hay que ver con qué sentido afirman esta proposicion, que tanto choca á los que creen en el progreso del espíritu humano en todas sus manifestaciones.

Cristo no es superable, dice M. Réville (1). ¿Qué es la religion, en efecto? Nuestra relacion con Dios, la manera de concebir al Sér infinito el hombre, que es limitado é imperfecto. En esto radica el verdadero dominio de Jesús, dice un protestante liberal: Él es quien ha pronunciado el verdadero nombre de Dios, el que comprende el niño y ante el que el sabio se inclina, *nuestro Padre que está en los cielos*. Cuando el hombre pone su flaqueza y su imperfeccion frente á la omnipotencia y perfeccion divinas, su primer sentimiento es de temor, de espanto, de desesperacion. Tales eran los sentimientos de la antigüedad, salvo algunas excepciones, lo mismo entre los judíos que entre los paganos. Jesús fué el primero que cambió el temor en amor. ¿Han encontrado la ciencia y la filosofia algo superior á esta frase: que Dios es caridad y que el hombre debe ser perfecto como su celeste Padre? Los libres pensadores objetan que el Cristo participaba de las preocupaciones de sus contem-

(1) RÉVILLE, *Essais de critique religieuse*, Préface, p. XLIX.